

PRECIO EN MADRID.

¡Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. . . . . 4 reales.  
 Por tres id. . . . . 11 »  
 Por un año. . . . . 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.  
 Por seis id. . . . . 23 »  
 Por un año. . . . . 50 »  
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »  
 ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—juésves y domingo

Administración y Redacción, Huertas 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Si no te inspira lástima, ¡oh lector benévolo! el ilustre duque de Montpensier, digo que no tienes corazón ó será de bronce ó de plomo: pues ¿dónde y cuándo has conocido ó has visto príncipe más desventurado?

Es mucho cuento, señor, es mucho cuento que ni un solo instante hemos de permitir á este personaje que se entregue al reposo, á la paz bonancible del hogar, á los goces intensos del amor de la familia, á la calma apacible de la vida campestre: en vano él ha suplicado que se le deje tranquilo; inútilmente procura evitar, por todos los medios posibles, el ruido que otros anhelan, los apiausos por otros mendigados; allí donde se esconde, allí le encuenan; donde quiera que se oculta, hállanle siempre las miradas del pueblo, que con afán le busca.

El país unánime, todos los españoles como un solo hombre aclámanle rey, y al fin acaso—¡tan bondadoso es el egregio príncipe!—al fin es posible que, cediendo á las súplicas del país entero, se resigne el duque (¡duque adorable!) á sentarse en el trono que poco tiempo há ocupaba su muy amada hermana Isabel de Borbon.

Sí, yo lo sé, y cuando no lo supiera lo adivinaria, porque conozco y admiro las altas dotes de hidalguía, generosidad y nobleza que adornan el espíritu elevado de D. Antonio de Borbon; yo sé, repito, que el cariñoso y leal hermano de la ex-reina Isabel se sacrificará hasta el extremo de aceptar la corona. ¡Tanta fuerza tienen para él los intereses de su patria adoptiva!

¡Oh magnánimo duque, permíte á uno de tus futuros vasallos, que te admira y te ama juntamente, llegar hasta el último peldaño de ese trono en que el cariño de un pueblo entero te coloca; deja que postrado ante tí venere tu magnificencia y tribute culto respetuoso á la grandeza de tu alma!

Para los que conocen como yo tus aspiraciones modestas, no es un secreto el inmenso sacrificio que harás al ceñirte la corona; pero convencido como estás de que todos los españoles lo desean, olvidas tu conveniencia propia, olvidas las conyugales ternezas, lo olvidas todo, y solo te acuerdas del país, que te llama en su socorro. El país, sí, duque excelso, el país en masa, porque si exceptúas á unos cuantos progresistas, escasos en número y pobres en importancia, que defienden la candidatura de Espartero; á los republicanos, que no llegan á cuatro docenas; á los partidarios de la reaccion, que casi no existen; á los carlistas y á los indiferentes, que han dado en la flor de asegurar que eres francés, fundándose para creerlo ¡mecios! en que has nacido en Francia; si exceptúas, vuelvo á decir, todos esos que, como ves, son pocos y malos, todos los demás españoles te quieren y te desean por rey suyo y señor nuestro.»

Y lo que me indigna—esto ya no se lo digo al duque,—lo que me indigna es la guerra cobarde y

ruin que al rey de la revolución se hace; á todos los medios se apela para desacreditarlo; de todas las armas, hasta de las más torpes, se hace uso para herirle traídoramente.

A los amantes de nuestras glorias nacionales y de nuestra independencia se dice que D. Antonio es rey extranjero.

Error lamentable, porque si bien él nació en Francia, para el caso es como si hubiera nacido en España.

A los precavidos y amigos de la paz se hace entender que la elección del duque desagradaría á Napoleón III, quien dejaría paso franco á los emigrados, dando pábulo é incentivo á la guerra civil.

Como si nos importase algo la guerra civil y la ruina de la nación toda, si en cambio tenemos por monarca al insigne príncipe.

A los defensores de las conquistas revolucionarias se predica que D. Antonio es Borbon, y que en Setiembre se gritó «abajo los Borbones.»

Como si los gritos inconscientes (!) que en un instante se dan al viento significaran algo; fuera de que Montpensier, aunque es Borbon, no lo es en realidad, porque es una variedad de la raza, bien así como la cebra (verbi-gratia), aunque pertenece al género caballo, no es caballo, sino una cebra, salvo sea lo irrespetuoso de la comparación.

A los que de nobles se precian, se les hace ver que la conducta del duque para con su hermana fué miserable y ruin.

Falsedad notoria, pues sabido es que el duque se ha conducido leal y noblemente con su egregia cuñada.

De todo se le acusa, de subvencionar periódicos que defiendan su candidatura; de pretender que ha comprado, con dinero, el derecho de ser amo de los españoles; de torpe, de inhábil, de ambicioso, de ridículo, y seguro estoy de que pronto se han de atribuir á él los robos de niños.

Y ya que de niños robados se habla, pareceme del caso advertir que hasta la presente—en buena hora lo diga—solo se sabe de una niña que en ese caso se encuentre: algun bendito presbítero, sin duda, de esos muchos que entienden á su manera el amor al prójimo, ha de haber dicho para su sayo: «¿robo de niños tenemos? pues aquí hay una ocasión para achacarlo á esos pícaros de protestantes senza timor di Dio, que vienen á perturbar nuestra dominación tranquila en este país de católicos.»

Y dicho y hecho: habrá disparado contra el vulgo, siempre crédulo, al ama y á dos ó tres monacillos y acólitos para sembrar esas ideas; vaya en gracia; como si conociéramos aquí otros á quienes pudiese convenir el robo de niños que los correligionarios del clérigo famoso director del Colegio del sagrado corazón de Jesús.

Ya tenemos proyecto de ley para elección de monarca; once artículos tiene, y no me parecen pocos, si se considera que para maldita la cosa han de servir.

Ello, el proyecto, se halla de tal modo redactado,

que nuestros legisladores pueden quedarse como se estaban despues de haber hecho todo lo posible para salir de la interinidad.

«Si de la tercera ó cuarta votación respectivamente (dice uno de los párrafos del proyecto) no resulta elegido el rey, lo declarará así el presidente, dando por terminado el acto.»

Y caso de que ese proyecto se discutiera—que no se discutirá—es muy posible que sucediese esto y tuviera que darse el acto por concluido; porque, en efecto, los reyes que esta Asamblea elija tendrán tanto de reyes como tiene el Papa de infalible, pongo por caso.

En el proyecto de ley para la elección de monarca hay, entre otras curiosidades, una línea que vale cualquier dinero; dice así:

«En caso de empate decidirá la suerte.»

Lástima que no exprese la forma en que ha de verificarse el sorteo: es de presumir que se sacarán pajas para los candidatos.

Preveo que en el verano próximo vamos á divertirnos.

A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

LXI.

Los que se quejan de la interinidad y votan pensiones y más pensiones, son desemejantes á mí por lo uno y por lo otro.

Y los que se llaman radicales y descentralizadores, y quieren que el poder central pueda hacer danzar á su gusto á municipios y diputaciones provinciales, son gente que sabe vivir, pero no le dan gusto á las provincias ni á los municipios.

Ya, si no fuera por los sábados, al Cámara sería para los españoles una especie de bóveda de San Ginés.

A lo menos los sábados el presidente del Consejo de ministros tiene ocasión de declarar que no piensa ni ha pensado imponer castigo alguno á los capitanes generales que han destituido á los ayuntamientos alzados en armas ó consuetas de alzamientos.

Yo sabia que el conde de Reus era poeta. He leído sus versos; pero no sabia que además fuese lógico.

Un capitán general que valiéndose de la fuerza pública destituye á corporaciones legales, no es para el presidente del Consejo un español que se alza en armas contra la ley y el orden.

¿Pues qué será?  
Yo no lo sé; pero desde que me han averiguado que no soy federal, ya dudo de todas las cosas por claras que las vea.

El presidente del Consejo, que ha sabido tener escondidos largo tiempo siete candidatos al trono, oculta con igual facilidad el fundamento de su lógica y solo se digna mostrarnos sus efectos.

Esperemos á que el Sr. Figueras explique su interpelación, y á ver si sacamos en limpio el por qué no se levanta en armas un general que con armas derriba ayuntamientos, y entonces se convencerán tres ó

cuatro de los del distrito de Manresa, de que si un general los destituye, los subversivos son ellos.

El asombro que me causa á mí el Sr. Vinader cuando se queja de que se ha infringido la Constitución es indescriptible.

A mí no me importaría nada ver infringido al niño Tersó; vería su cifra grabada en el régio alcoraque y no me cuidaría de borrarla; y sin embargo, al Sr. Vinader le duele que se infrinja la Constitución...

El Sr. Vinader es infiel al carlismo y al tésismo.

La autoridad de doscientos clérigos con sus trabucos, sublevados contra la Constitución el año pasado, debería ser bastante para que el Sr. Vinader acatara religiosamente las infracciones de que se queja y las considerase como obra de la Providencia.

No puedo apartar los ojos del Sr. Vinader sin fijarlos en el Sr. Ochoa, que se sienta á su lado.

¡Si habló el sábado el Sr. Ochoa!...

El D. Timoteo de Breton en *Marcela* es una especie de divinidad lacónica comparado con el señor Ochoa.

No puede decir falsas ideas sin añadir mahometismo, budhismo, protestantismo, comunismo, socialismo y mormonismo; no puede pronunciar una palabra sin pronunciar todas sus análogas; no puede levantarse sin hablar muchísimo, y sobre todo sin embadurnar de su religion todas las materias.

¡Si yo tuviera religion!... ¿Cómo la habia de mezclar con todas las miserias, pequeñeces, burlas y groserías de la vida? No sabria, ni querria, ni podria.

Yo, que tengo la costumbre de no poner en un mismo bolsillo el oro y la calderilla, admiro á esos hombres que junto á una bufonada colocan el nombre de su Dios, y á propósito de todo hallan medio de arrojar al seno de una Cámara política los sacrosantos misterios entre un paréntesis precedido de un epigrama y seguido de una cuenta de gastos menudos.

¡Pero la religiosidad de esos seres admirables les hace tan valerosos! Ellos son oradores, ellos son escritores...

El Sr. Ochoa acabó su discurso solo en la Cámara... Solo con Dios y la mesa.

Y van dos manchas.

El lector recordará que hace poco en la reyerta parlamentaria (digámoslo así) ocurrida entre los señores Vallin y Rivero, hubo este de confesar que en casos semejantes podía tener que verse obligado á bajarse al suelo y mancharse de fango.

El lunes, en la defensa de una proposición que firmaba entre otros el Sr. Vallin, halló el Sr. Calderon y Hércel el medio de introducir otra mancha.

El mismo Sr. Vallin tuvo que ayudar á quitarla.

¡A veces me parece cosa tan fácil no manchar á nadie en un debate!...

¡Pero qué pronto me desengañan oyendo á oradores de orden y bien educados!

La última jocosidad de este número pertenece á mi amigo Rebullida.

¡Pues no se le ocurrió preguntar qué fundamento tenían los rumores circulantes sobre robos de niños!

El fundamento es no tomarse nunca las autoridades la molestia de prevenir los errores de un pueblo criado en la superstición y en los engaños de todos los hábiles.

Se dejó creer al pueblo de Madrid que, teniendo ocupado militarmente el ministerio de la Gobernación, tenía la libertad asegurada.

Antes de desengañarle, lo echan de aquel sitio. ¿Qué habia de suceder? Conflicto.

Dejan correr el rumor de que se roban niños. La autoridad se calla. El rumor cunde. Ni en el púlpito, ni en la escuela, ni en el *Boletín*, ni en una alocución se desengaña á esa gente que cree más lo que imagina que lo que ve. ¿Qué ha de suceder? Conflicto.

Y el conflicto peor sería si yo continuara en este tono.

Punto final.

Roberto Robert.

## EL VERANO.

El verano viene á veranear.

¡Ahí está, vestido de rosa y oro, oliendo á violeta y soplando como si viniera cansado.

Viene del África. Su misión es darnos calor, por si nos hace falta. Precursor de disturbios, propagador de fuerzas, él es el que anima á la gente y el que da fuerzas á los revoltosos.

Todos los años viene. ¿A qué?

*Ecco il problema.*

Hace dos años trajo la revolución. La libertad brotó, como la madre Vénus, del agua. ¡La mar!

El año pasado trajo la batalla de los federales. Lucha, sangre, exterminio en Zaragoza, en Cádiz, en Valencia. ¡La mar!

Este año trae á Montpensier y á Espartero. ¡La mar!

¿Qué sucederá este verano?

—¿Quisiera Vd. explicarme, vecina de los ojos negros, por qué no va Vd. á Biarritz?

—Porque no tengo un cuarto.

Parece que este verano hay menos dinero.

—¿Por qué prepara Vd. el fusil, D. Próspero?

—Porque va á haber palos.

Parece que este verano habrá nuevos combates callejeros.

—¡Oh! El combate callejero. *Voilà ce que c'est.*

El verano de 1870 promete ser fecundo en acontecimientos.

Por de pronto producirá un rey. ¡Ah, el rey!

Y unas Cortes nuevas. ¡Ah, los electores!

Y un nuevo apremio á los contribuyentes. ¡Ah, la contribución!

Todo anuncia grandes cosas. La union ibérica se verificará, casándose el duque de Saldanha con Lola Fernandez.

Este será el primer paso hácia la union.

Hablarán en portugués los acreedores y en griego los deudores. Bailará rigodones Fernandez de los Rios con la reina Pía. ¿Y eso?

Vendrá un sobrino cualquiera de D. Fernando y presenciará una corrida de toros. Lo sentiré por la diputación provincial, que pagará el jaleo.

Y entre tanto Montpensier se dedicará al inocente juego de los bolos. Jugará con Vallin. ¡Uy!

Y entre tanto los amigos de Espartero le harán viajar y le enseñarán por los pueblos. Precio de entrada, un real; niños y soldados cuatro cuartos.

Puede ser que gane terreno la candidatura del Regente, y eso que no anda muy buena que digamos.

Y puede ser que á D. Salustiano se le ocurra alguna idea.

¡Cuánto suceso! ¡Cuánto!

El ministro de Hacienda se ocupará en silencio de aplicar al país la resolución de aquel problema que un amigo mio queria hallar y no halló.

Hacerse ropa sin pagar al sastre y que el sastre no se entere.

El país, desgraciadamente, se enterará más tarde ó más temprano... y buscará el consuelo á sus dolores... en la ruleta.

¿Sabes oh lector! lo que es la ruleta?

Es un juego de verano.

Un juego prohibido, que se permite por consiguiente.

Un juego tan necesario ya en los baños minerales como el médico.

Posible es que forme parte del reglamento balneario.

Y todo lo establecerá en San Sebastian, y los pobres ricos madrileños irán á arruinarse allá, asegurando que esto se va. Porque el hombre es así, como quien dice.

Y el Terso entrará por alguna parte. Ya está ahí Carulla.

Puede suceder que haya luz en el Prado. Y se han de ver cosas buenas.

Las economías llegarán hasta el punto de que algún ministro se quite la barba.

Esto será á la vez economía y prevision. Se dan casos de arrancarse los pelos.

El general Prim acabará por no saber qué hacer. Es decir, volverá á sus buenos tiempos.

Y los soldados harán el ejercicio.

¡Tonto de mí, que pensaba marcharme el mes que viene!

¿A dónde vas, insensato? me dice una voz secreta, que debe ser la de la opinion pública.

¿Ignoras que el verano promete?

¿Que quedan abiertos el Congreso y la Zarzuela?

¿Que Prim y Topete volverán á ser amigos?

¿Que Figuerola resolverá?

¿Que vendrá otra vez D. Salustiano?

Razon tiene la voz, razon tiene de sobra.

Me quedo á ver lo que pasa.

Este verano me voy á divertir. Lo que siento es que me coge sin dinero.

## LA OCTAVA REAL.

Desde la correspondiente anunciación de la orden del día hasta aquel en que se haya de elegir monarca, no celebrará sesiones la Asamblea.

Entre aquella sesión y la electiva mediará una octava.

Será una octava real.

Ocho días ocupados en meditaciones profundas...

Pero no anticipemos los sucesos.

Por el misterio de la anunciación sabrá la Asamblea que en sus entrañas va á encarnarse el redentor del mundo hispánico, el cual tendrá por nombre Borbon ó Fernandez.

Creo que el ángel de *La Correspondencia* se lo anunciará á unos pastores que estarán comiendo migas.

La Asamblea será, pues, reina madre.

Montpensier por las noches rezará aquello de: «Dios te salve, reina y madre de misericordia... esperanza nuestra... esos tus ojos vuélvelos á nos... los desterrados del trono de Francia á tí clamamos... haz que seamos dignos de las promesas de setiembre... etc.»

Espartero contemplará con dolor los objetos que le rodean, y un funesto presentimiento le agitará á todas horas.

—Eso de tener que levantar casa por cuatro días... Si á lo menos el Señor hubiera llamado á D. Salustiano, tendria ya alguna razonable probabilidad de durar; pero del modo que anda la cosa...

El telégrafo, desde todos los puntos de España, se hará eco de la curiosidad general. Los telegramas todos estarán concebidos en estos términos:—¿Qué hay de rey?

Las respuestas dirán unánimes:—Nada.

Para mayor brevedad se adoptarán las siguientes fórmulas entre los que pregunten y los que respondan:

—¿?

—0.

Los bolsistas andarán á la oreja de los diputados que cabildan y de los que aparentan cabildar para que se les tome por hombres importantes.

Los tahoneros subirán dos cuartos el pan fundados en que vamos á tener rey, y por consiguiente, á nadar en la abundancia.

Varios devotos de alguna antiquísima inmemorial archicofradía celebrarán funciones de iglesia, á fin de que en la elección de monarca el Señor les otorgue del mal el menos.

Todos los que en tiempo de doña Isabel II cobraban sueldo ó pensión de la casa, pondrán en limpio solicitudes en que pidan al nuevo rey que se acredite de magnánimo devolviéndoles sus gollerías.

Los dueños de carros de mudanza se ofrecerán al duque de Montpensier y al general Espartero para que les honren confiándoles el cuidado de trasladar gratis sus muebles al palacio real.

Todos los que saben recortar papel, hacer objetos de corcho y flores de mariscos, emprenderán una obra de arte, deseosos de ser cada uno el primero que obsequie al futuro monarca.

Los diputados irán, vendrán, tornarán, se reunirán, bailarán, estarán á punto de llegar á un acuerdo, lo romperán, serán llamados, no les parecerá mal lo que les digan, les parecerá mejor otra cosa.

El general Prim estará pálido.

La Tertulia progresista presentará un aspecto severo, mas no imponente.

Los jugadores, los usureros y las niñas que desean carrera opinarán que esto es un fastidio, porque todo el mundo olvida los negocios y solo se habla de política.

Muchos logroñeses se preguntarán de continuo: pero ¿qué destino podria yo desempeñar en palacio si esto se arreglaba?

Algunos milicianos incurrirán en el error de examinar si tienen en buen estado el armamento.

Se encargará muy encarecidamente á los periódicos ministeriales que no hagan mencion de ciertos incidentes muy íntimos, cuyos incidentes aparecerán relatados por la noche en *La Epoca*.



—¿Y Vd., qué opina de esto?  
 —Que está bien guisado.  
 —¡Hombre, no! Si le hablo á Vd. de la cuestion de monarca.

El Sr. Madoz escribirá muchas cartas y recibirá muchas más.  
 Cada general por su lado hará examen de conciencia, preguntándose:  
 —Pero bien: ¿con cuánta gente podría yo contar en un caso dado?  
 Cada coronel será visitado por personas que, una á una y con aire de candor, le dirigirán la siguiente pregunta:  
 —¿Qué opina Vd. de todo esto, hombre, qué opina Vd.?  
 La respuesta de cada coronel, sea ella cual fuere, significará:  
 —¡Te veo!  
 Las clases de tropa observarán una inexplicable mejora en el rancho y en el trato.  
 Las empresas de ferro-carriles meditarán una nueva rebaja de precios.  
 Los antiguos proveedores de la Real Casa concebirán esperanzas de resarcimientos fabulosos.  
 En el palacio Basilewski se dirán unos á otros: no importa.  
 Isabel II recibirá un sencillo agasajo, ajeno á toda significacion política, de parte del emperador ó la emperatriz.  
 El Sr. Olózaga creará que él lo ha arreglado todo.  
 Habrá terminado la octava.  
 Un desdichado secretario del Congreso estará pronto al sacrificio de leer toda la Constitucion.  
 Vendrá el dia grande, solemne, agosto...  
 ¡Aquí te quiero ver, escopeta!

Roberto Robert.

**LAS INTERINIDADES.**

(Monólogo de un demente).

Lo recuerdo, como si hubiera ocurrido ayer, y no obstante, han de haber pasado ya muchos años des-

de entonces, como que era yo un niño; justamente, un niño, y esa era mi pena. Nadie me hacia caso, todos tenían derecho á mandarme, el uno por mayor en edad, el otro por más instruido, aquel por pariente, esotro por amigo de la familia, Fulano por servidor antiguo, Mengano por maestro; aquello era una maldicion, y di entonces en el más original empeño que puede concebirse; los hombres no me comprendieron, ¡mentecafos! y me juzgaron loco: siempre lo mismo. El género humano solo tiene una solucion para los problemas que no comprende; llama demente al que los propone. Deste entonces paso por orate.  
 Pretendia yo salir de mi niñez, no como la generalidad de los nacidos, esperando con punible indolencia á que los años se deslizasen y simultáneamente se desarrollaran mi cuerpo y mi espíritu: eso es lo vulgar, eso es lo corriente, y mis aspiraciones eran más elevadas.  
 Si los que me llaman niño, pensaba yo; si los que como tal niño me consideran, se decidieran á tratarme como hombre, hombre seria desde la cruz á la fecha, presentando al mundo el ejemplo de un animal racional que llega á la virilidad sin haber pasado por la infancia.  
 Yo no lo decia así, precisamente con esas palabras; pero así lo concebía y así lo di á entender. ¡Ay! ¡Cómo y cuánto aquellos recuerdos me entristecen! Ninguna resistencia encontré en mi familia, que, temerosa de contrariar mis deseos, accedió á lo que yo proponia; pero al contento de la ilusion realizada, sucedió muy pronto la amargura del desengaño.  
 Las mujeres á quienes me dirigia soltaban la carcajada, no pudiendo avenirse á tener por adorador un hombre de diez años; los escritores á quienes elogiaba, los artistas á quienes aplaudia se burlaban de mí—no precisamente en mis barbas, que entonces no las tenia, ni en mucho tiempo las tuve,—pero con el descaro suficiente para que, á pesar de

mi candorosa inocencia, comprendiese yo que no acababan de convencerse de que supiera lo que me decia.  
 ¿Con que es decir que la voluntad de nada sirve?  
 ¿El niño se cansa de serlo y continúa siéndolo sin que le sea dado anticipar la juventud? ¿El jóven ha de aguardar, mal que le pese, á que la naturaleza le lleve cuando quiera á la madurez? ¿El hombre no alcanzará nunca á ser anciano aunque de veras se lo proponga?  
 ¿A qué se reduce entonces esa decantada libertad humana?  
 Mentira, mentira, mentira.  
 Desde que adquirí este convencimiento triste, desde que llegué á entender que los hombres me llamaban loco, aborrezco á los hombres y me desprecio á mí mismo; la vida me hastia, la sociedad me cansa, y siempre á cuentas conmigo, conságrome á inspirar en otros los mismos deseos que á mí me hicieron desgraciado.  
 Y no estoy descontento del resultado: por ahí andan muchos políticos á quienes se tiene por lumbreras de la prensa, y que son ni más ni menos tan maniáticos como yo. ¿Quién se atreveria á compararlos conmigo? Sin embargo, de mí han aprendido: y si es cierto—lo cual no creo—que mi razon está perturbada, he conseguido perturbar la suya.  
 Vedlo bien; la forma es distinta; pero el fondo es idéntico.  
 Yo aborrecia la niñez; ellos ódian la interinidad.  
 Yo pretendí dejar de ser niño llamándome hombre; ellos quieren salir de la interinidad llamando rey al jefe del Estado.  
 Juzgaba yo que variando el nombre variarían mis condiciones: que lo importante del caso era no llamarme niño.  
 Entienden ellos que cambiando el título variarán las condiciones del país: que lo interesante es que el gobierno deje de llamarse interino.

Alto

Yo ví ¡ay trístel que sin llamarme niño ó llamándome, niño era y niño sería hasta que los años de la niñez hubieran pasado.

Ellos se convencerán de que llamándose interinidad, ó reinado, ó república, ó cualquier cosa, la interinidad continuará hasta que se allegada su terminación natural.

¡Injusticia notoria!

Mi empeño se llamaba pueril, mi obstinación se juzgó demencia.

El empeño de esos hombres, á quienes yo he inspirado, se llama patriotismo; su ciega obstinación se llama prudencia.

Y ¿á qué aspiran ellos en último resultado?

A lo que yo aspiraba, á cambiar un nombre.

¡Mezquina aspiración! Fácil de comprender es en un pobre demente, como ellos me llaman, pero imperdonable en hombres cuerdos y sabios, como ellos se titulan.

¿La interinidad es mala? Séalo. Pero ¿qué tiene de mala? ¿El nombre ó la esencia; la forma ó el fondo?

El comercio muere, languidecen las artes, la industria se paraliza, todo es malestar, todo zozobra, todo incertidumbre; tales son los inconvenientes de la interinidad.

Y qué, ¿suponeis, cándidos ó idiotas, que todo eso cesará cuando varíeis el nombre al gobierno?

Donosa ocurrencia, por vida mía.

Traed á Espartero, y ese monarca sin sucesión, anciano ya, solo una diferente forma de interinidad puede daros. Los partidos distintos se aprestarán para el combate próximo; las intrigas, las conspiraciones se sucederán sin interrupción, y la inseguridad será la misma, y los temores serán iguales.

Elegid á Montpensier, y su impopularidad hará nacer inmediata y funesta la guerra civil, y los partidos cobrarán esperanzas nuevas y nuevos bríos, y vencedor (que no es probable), ó vencido (que es casi seguro), D. Antonio de Borbon nada estable os proporcionará en muchos años.

Dad atribuciones al Regente, y la interinidad continuará.

Traed la república, y esa forma de gobierno, desconocida en nuestro país, mal comprendida por casi todos, no podrá establecerse en España de un modo definitivo sino al cabo de muchos años, en que habrá tenido que luchar con enemigos poderosos, intereses creados á la sombra de antiguos privilegios, arraigadas preocupaciones, generales errores.

Y es que la interinidad no es interinidad en el nombre solamente, lo es en el fondo de los hechos: como la niñez, se determina por circunstancias que el hombre no puede variar.

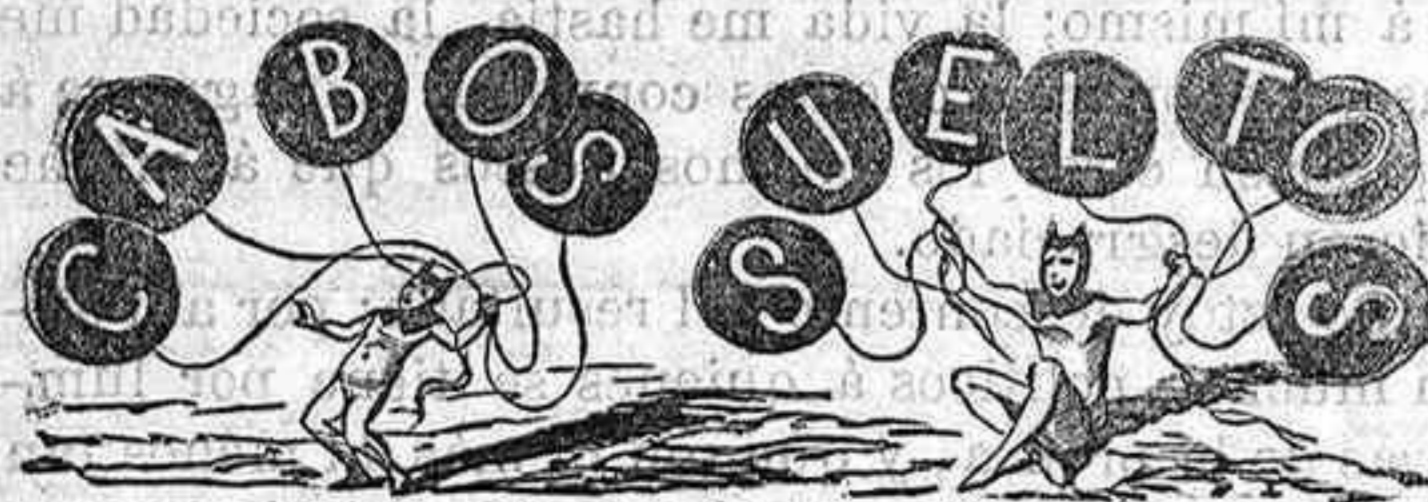
Es que atravesamos un período crítico; es que este momento histórico, es esencialmente de interinidad, de lucha, de incertidumbre, y sean cuales fueren sus inconvenientes, no hay medio de salir de él fuera de tiempo.

Parece, sin embargo, que nuestros prohombres se empeñan en salir de la interinidad.

Desdichados; y esos me llamaban loco porque, cuando tenía diez años, pretendía dejar de ser niño.

(Es copia.)

A Sanchez Perez.



Se desmienten con descaro inaudito las desapariciones de niños, y sin embargo, el hecho es patente.

Toda España sabe, toda España, y el señor gobernador de Madrid no se atreverá á desmentirnos, que todavía lloramos la desaparición del niño Terso y la del niño Alfonso.

Los causantes de nuestras lágrimas son bien conocidos, y ¡17.000.000 de criminales gozan impunemente del fruto de sus delitos!

¡Venganza, cielos, venganza!

Sobre robos de niños, cuenta nuestro compañero Roberto, en Los cachivaches de antaño, haber presenciado el tumulto que se levantó en Barcelona contra un francés que solía matar á los chiquillos para engrasar con su gordura los rails del ferro-carril de Mataró.

También cuenta algo de las Pascuas que en la Edad Media celebraban los judíos, comiéndose cristianos tiernecitos.

Solo empleando en beneficio de la instrucción popular los ciento noventa y tantos millones que nos cuesta la gente negra, se evitarían los robos de niños.

¿Vamos á probarlo?



¡Qué cosas tienen los hombres! Movidos á impulsos de la fé, van á países remotos y hacen esclavos á sus moradores.

Trascurren unos breves siglos. Inspirados por el ateísmo, van á los mismos países y emancipan á aquellos esclavos.

¡Vaya Vd. á atar un ochavo de cominos con esa humanidad!



El proyecto de ley para elección de monarca dice todo lo que deberá hacerse cuando el monarca fuere elegido.

Pero á ese proyecto le falta un artículo, que debería decir del modo siguiente:

«Art. 12. Si no fuere posible elegir monarca alguno, el presidente guiará el ojo á los diputados de la izquierda para que griten: ¡viva la república federal! Y todas las demás fracciones, previsoras como siempre, responderán con entusiasmo á ese grito para evitar la violencia del primer choque contra el sentimiento público.»

Porque... si no sale elegido monarca, ¿qué hacemos?



El Imparcial y La Iberia discuten sobre la interinidad: cada uno opina de modo distinto.

Así no es de extrañar que se admiren y escandalicen de la división que ven en el campo republicano.



Cuando dos periódicos federativos se dirijan á Gil Blas para llenarle de improperios, un diario absolutista se permitía escribir nuestro nombre en sus columnas, que nunca merecieron semejante honor.

Nosotros comprendemos que lo de llamar á Gil Blas periódico y algunas otras femeniles insolencias por el mismo estilo, era solamente un memorial indirecto para que nosotros nos dignáramos mencionar el desconocido título del diario aludido.

No lo haremos así, porque ha de entender el papel absolutista que tales favores se obtienen mejor pidiéndolos directamente.

En cuanto á sus insultos, ¿qué hemos de decir? Nadie ignora que entre nosotros se dice con frecuencia: manos blandas no ofenden.



Nuestro colega La República Federal (ó federativa), como diario joven aun, tiene tan delicada epidermis que se ha resentido en serio por algunas palabras que Gil Blas le dirigió en broma.

Calla, niño, no te aflijas por eso; con el tiempo te irás acostumbrando.

Ignoro—¿quién entiende á los niños?—ignoro si el puntal del Directorio se ha propuesto defender la declaración suscrita por los redactores y publicada en el primer número de La República Federal; solo puedo decir que nos llama, entre otras muchas cosas, Demócritos, maestros de arlequinadas, sabios bufos, inconsecuentes, ilustrados censores, histriones políticos, de todo lo cual resulta que la declaración á que nos referimos en nuestro número anterior está perfectamente escrita y pensada discretamente.

Temerosos de disgustar á nuestro joven compañero, que tan á pechos toma las inocentes chanzas de Gil Blas, no reproducimos varios párrafos del artículo que nos dedica, aunque algunos hay muy dignos de ser conocidos.

Al fin y á la postre los infantes han menester esos y otros cándidos desahogos.



Ya se han repartido elegantes prospectos de las diversiones que para esta temporada prepara la nueva empresa de los Campos Eliseos.

Matilde Estéban y Nicolás Rodríguez, artistas tan queridos por nuestro público en el teatro; salon de juegos, gimnasio, aquarium, tiro de pistola, conciertos, hipódromo, patinadores, Blondin, el héroe del Niágara, de todo esto y de mucho más habrá en aquel sitio delicioso.

Me parece bien, muy bien. Será de sentir que cuando menos se piense se nos agüe la fiesta. Que todo podria ser.



Algunos descontentadizos llaman inútil á la revolución: no paso por eso.

Si me quitan el art. 33 de la Constitución, creeré que hemos adelantado bastante.

Hace dos años, cualquier cosa nos hubiera parecido mucho.

Hoy todo nos parece poco.

¡Triste condicion la nuestra!



La Iberia interviene con cariñoso empeño, y solo por interés del partido (eso por sabido se calla), en las cuestiones de los republicanos.

Tranquílcese el colega y calme sus inquietudes; al fin y á la postre acabaremos por entendernos todos.

Eso no quita para que se agradezca el cuidado.



Dicen que en la tempestad del lunes un rayo destrozó parte de la iglesia de San José.

Las iras celestiales no perdonan ni á los santos. Digo, ¿tendremos incomodada á la Providencia?



Nuevas noticias de Cuba: satisfactorias, por supuesto.

Aquello continúa acabandose.



Es de notar que entre los insurrectos presentados y los muertos forman ya un número que excede con mucho á la población de Cuba.

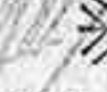
¡Qué modo de matar gente!



Se anuncian próximos trastornos en pró de Montpensier.

Por lo inverosímil puede creerse la noticia. Solo el propalarla ha de haber costado mucho dinero.

Con que digo, ¿eh? Señor duque, ¿cuánto no habria que dar para llevarla á efecto?



Contestando al artículo «Los bebedores de sangre» ha publicado un periódico federativo (?) otro titulado «Los bebedores de oro» (Ya pareció aquello: ¿no decía yo á Vds. que estábamos en el país del oro? Ya hay quien lo bebe).

Confesamos que «Los bebedores de oro» tiene una circunstancia que le hace muy superior á «Los bebedores de sangre.»

Este último era un cuadro copiado del natural. Aquel es un cuadro de pura imaginación.

A los bebedores de sangre todos los conocemos; á los que beben oro solo debe de conocerlos el articulista. Tal es la diferencia.



En el diario La República federal leo una poesía (?) de su director, que se intitula La contribución.

No diré yo si es juicioso, ni si es político, ni si se digno hacer que entiendan las masas que cuando la república venga no se pagarán contribuciones, lo cual, sobre ser falso, es tonto; pero sí quiero reproducir los versos con que la composición termina; dicen así:

—Pues según lo que yo veo, ¿á nosotros qué nos queda de lo que ahorra usted en casa y el padre gana en la tienda? —¡Qué ha de quedar, hija mia! Miseria y resignación. —Cierre usted la puerta, madre, basta de recaudador.

Si, si, basta de matemáticas. Y aun se enfadará nuestro amigo si no decimos que son muy bellas esas coplas.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: Duraton.

CHARADA.

Mi primera con segunda ha sido en mi edad temprana culpable de que me viera sin dinero y ropa blanca. Tercia y segunda nos da la oveja, también la vaca; y el todo viene á ser símbolo de la candidez humana.

(La solución en el número próximo.)